

*Atando cabos*

Raúl Morodo

Editorial Taurus, Madrid, 2001

Un personaje excepcional, en el mundo cultural átono que nos circundaba, no colegial del César, pero al que venía con alguna frecuencia en sus escapadas, amigo de un colegial llamado Paco Guerrero, era Miguel Espinosa. Tierno lo había tratado o conocido en Murcia, no como alumno, tal vez como asistente a sus seminarios. Y hablaba, ya en Salamanca, muy bien de Espinosa: de inteligencia inusual y gran estilista. En Salamanca, en el *Boletín*, le publicamos un capítulo de una obra extraordinaria, que se salía de lo común, *Escuela de mandarines*: entre novela y ensayo, en realidad una utopía/antiutopía de la transgresión y feroz crítica encubierta a la sociedad y cultura política franquista. El capítulo lo dedicaba a Espinosa a los discursos de dos becarios, Liberto y Braulio, candidatos al mandarinato, ante un Gran Tribunal de mandarines. La sabiduría de Braulio, hablando sobre la corrupción necesaria e irremediable en la “Feliz Gobernación”, es decir, el franquismo encubierto, salió vencedora. Como libro, extenso libro, no se editará hasta muchos años después.

Yo conozco a Espinosa en Madrid, como dije, y era fácil ver en él un talento sutil, ingenio penetrante, conocedor de clásicos y una causticidad que taladraba situaciones y, sobre todo, personas. A Paco Guerrero lo “martirizaba” –en su lenguaje- por su colaboracionismo con el Régimen, aunque el seuisimo de Guerrero era meramente convencional; y, por otra parte, Espinosa, aunque antifranquista, era bastante escéptico, más allá del Bien y del Mal, y la admiración sincera de Paco por Miguel era de discípulo fiel. Espinosa fue una de las pocas personas que he conocido que mejor dominaba la lengua castellana, con una gran precisión: algo así como un Gracián renovado, barroco del sur, de huertas y erotismo. Mundo murciano que profundizará en otras novelas. En esta época que lo traté, 57 o 58, había publicado ya un ensayo titulado *Las grandes etapas de la historia americana*, en la editorial de *Revista de Occidente*, con un extenso prólogo de Tierno. A Julián Marías, que patrimonializaba lo referente a América, no le gustó mucho: hacer un libro magistral, trivializando a Hegel, sin conocer Estados Unidos y no hablando inglés, lo debía considerar una herejía de hoguera,

además de hacer el prólogo Tierno. Con este, Espinosa mantenía una relación que será frecuente en el caso de Tierno, es decir, la ambivalencia: se admiraban mutuamente – Espinosa debía de ser ocho o diez años más joven que Tierno- pero existían también reservas mutuas. Con motivo de un ensayo de Espinosa, comentario al *Tractatus* de Wittgenstein y a *La realidad como resultado* de Tierno, a éste no le pareció bien (ensayo que, por cierto, no lo he visto nunca publicado). No se distanciaron, pero las suspicacias de uno y otro se mantendrán.

Miguel Espinosa, autodidacta, vivía austeramente en su Murcia barroca, no dentro del mundo cerrado universitario, al que despreciaba olímpicamente, sino de unas modestas representaciones comerciales, vendiendo pimentón a los japoneses. Esta actividad mercantil –como tendrá también Pessoa en Lisboa- la conocíamos; lo del pimentón lo sabré mucho más tarde y me lo dirá otro personaje inteligentemente singular, admirador de Espinosa, afincado en Murcia, de cuya Universidad es catedrático, que se llama Francisco Jarauta. Y precisamente por un azar académico en una magnífica tesis doctoral de una gran amiga, Mai Rivas, sobre Nietzsche, que evidentemente este último cierta influencia tuvo sobre Espinosa. De alguna manera, sus gestos medidos tenían algo de oriental, pero su discurso calmado y conceptista anunciaba siempre maldades geniales. Yo me divertía mucho con él, casi siempre acompañado de Mercedes, hablábamos del ya enigma Tierno, de rastrear lugares para editar *Los mandarines*, y le tuve afecto y admiración sinceros. Desconocido durante años, casi un exiliado interior y persona en el ostracismo, irá publicando otras obras como *La fea burguesía*, y una espléndida recreación del mundo cultural al que se sentía intelectualmente unido, el mundo pagano: *Asklepios*. Afortunadamente, en décadas posteriores tendrá un cierto reconocimiento, pero todavía no el que merece. Tierno dijo de él que “es el más claro renovador de las letras españolas del siglo XX”.